

Educarnos a la muerte

P. Silvio Marinelli

Director

Hace algunos años se hizo una propuesta para instituir la figura profesional del “tanatólogo”, pero ya no se le dio seguimiento a esta iniciativa. Los legisladores y gran parte del mundo de la medicina y las profesiones de ayuda se orientaron hacia una propuesta que nos parece más sabia: en lugar de instituir un perfil profesional específico – con connotaciones bastante vagas –, se optó para otro camino: formar a todos los profesionistas de la salud, la asistencia y las ciencias sociales para que tuvieran – y tengan – competencias tanatológicas, es decir, sean capaces de acompañar a personas enfermas que se acercan al final de su vida y a sus familiares. Más que un profesionista particular (“el tanatólogo”) una serie de habilidades tanatológicas compartidas por muchos profesionistas.

En esta dirección, se mueve también la legislación sobre los Cuidados Paliativos aprobada por el Congreso de la República en Enero 2009: todos los profesionistas de la salud, y la misma sociedad civil –asociaciones y voluntariado–, deben cooperar en sinergia para ofrecer a los enfermos en etapa terminal o con enfermedades crónico-degenerativas los cuidados que necesiten, sin “delegar” esta función a un “experto” específico.

Este camino nos parece más adecuado para una “reapropiación” del tema y la vivencia de la muerte. El análisis cultural ha evidenciado en las últimas décadas un intento para “ocultar” la muerte del panorama de la sociedad. Los signos de este fenómeno han sido estudiados desde diferentes perspectivas y disciplinas: se trata de disimular la muerte en los hospitales, falta de “socialización” con esta realidad por parte de niños y jóvenes, se minimizan hasta casi desaparecer los signos exteriores del duelo, etc. Algunos autores hablan de “tabú de la muerte”: una realidad amenazadora que se intenta “exorcizar”,... no hablando de ella, removiéndola del pensamiento y de las vivencias, de ser posible. La misma petición de la eutanasia puede ser comprendida en esta perspectiva.

Este intento de “eliminar” a la muerte de nuestra vida, evidentemente, está destinado al fracaso, sin embargo, provoca consecuencias en la manera de vivir la experiencia de la muerte misma: numerosas investigaciones evidencian como esta mentalidad conlleva un “desinterés” respecto a quien vive la etapa terminal de una enfermedad – en algunos casos se trata de un verdadero “abandono” – y un aumento de duelos patológicos.

Por este motivo, sean bienvenidos todos los estudios, investigaciones, los procesos de educación tanatológica y todas las demás iniciativas que permiten “re-apropiarse de la muerte”. Crean una cultura y una mentalidad más atenta a quien sufre (por enfermedad, por la dificultad en el acompañamiento o por duelo), y permiten llegar un poco más preparados al desenlace de nuestra vida o a la supervivencia después de haber perdido a un ser querido. En esta perspectiva, es toda la sociedad – no sólo el “mundo de la salud” – la que está llamada a dar un paso importante en esta dirección: una sociedad más atenta y solidaria,

CENTRO SAN CAMILO
VIDA Y SALUD
NO. 63 (2013)

menos apresurada y más compasiva, más sensible hacia el sufrimiento provocado por la muerte, más “educada” tanatológicamente.